

La maraca embrujada por jibana (fragmentos)

Manuel Zapata Olivella

La maraca embrujada por jibana, novela póstuma del escritor colombiano Manuel Zapata Olivella (1920-2020), fue publicada en 2023 por la Universidad de Cartagena, bajo la dirección de Silvia Valero y Emiro Santos García.

Ofrecemos en esta sección “Archiveos” de *PerspectivasAfro*, una pequeña muestra de la novela original, mecanografiada primero e intervenida manualmente después por el autor, en su proceso de escritura y reescritura.

Si bien la novela ya ha sido publicada en su edición crítica y genética, procesos que no incluimos aquí, anexamos las mismas páginas ya editadas por Emiro Santos García.



Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2024. Documento de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



Página 31

No todas las serpientes venenosas matan. Ofrezcoles cigarrillos y los rehúsan. Prefieren su incesante bogar bajo el sol.

Ahora el golpe seco del canaleta se permitía diálogo con el eco. La pregunta lenta, repetida. «Aguamú camina en zancos». Después del paletazo, oía el murmullo de la corriente respondiéndole: «Pero tú, tontamente, pisaste el hechizo». Instintivamente, cerraba las piernas para que la sangre dañada no le subiera al corazón. Él sabía que muchos hombres se hinchaban hasta convertirse la sangre en agua.

—¡Fíjate lo que haces con el canaleta!

La corriente casi se lo arrebató y la canoa persistía en abrirse de la orilla. Para recuperar el equilibrio, Mardonio debió imprimir un doble movimiento a la palanca, de impulso y de escora. La espina del sol, después de perforar su sombrero, se le clavaba en la cabeza como una uña de fuego.

Para disimular la merma de su fuerza, dirigió las únicas palabras al médico en aquella mañana.

—Un poco de sombra no le iría mal, doctor.

Página 33

Y aquí, sin que nadie los invite, salen de la selva. Compran espejuelos, cuentas de vidrio, machetes. Conocen lo bueno y lo malo, pero se hacen los tontos». Insistentemente, lo busco por los rincones cercanos. El médico me mira tratando de adivinar mi preocupación sin decir esta boca es mía. Poco después, apareció Blas quitándose con susto las sombras de la cara. Blas. Desde que llegamos andaba perdido. «¿Qué haces con esos limones? ¡Ahora sí estamos bonitos! Este maldito viaje nos ha cambiado a todos».

Cabalgaban por entre los chontadurales cada vez más apretados por [*pasaje ilegible*] el paso. La mula del médico adelantaba sus orejas olfateando las rendijas de luz. Blas, descalzo, conducía el maletín, agachándose a cada paso para recoger los corozos maduros que echaba en un saco sobre la espalda. Un par de cargadores con las maletas sobre la cabeza seguían sin perder la vertical. Mardonio, pisando el terreno duro y pedregoso, perdía el garbo que le daba la palanca y el balanceo sobre la canoa. El rutilante machete del baquiano, descuajando las ramazones, era la mejor brújula en la oscuridad.

—¡Los indios noanamáes!

Ágiles como árboles sin raíces, se apartaron de la trocha. Entre la maleza miraban con odio y miedo. Emitían interjecciones en voz baja, advirtiendo el peligro a los pequeños que jugaban pegados a sus padres.

—Les dirán que somos *libres* —afirmó el baquiano, cruzando junto a ellos sin mirarlos.

El médico quiso detenerse, pero el guía tiró de las riendas de la mula y la golpeó con la palma del machete.